

La Vida literaria



SUPLEMENTO DE LA REVISTA "ESPAÑA Y AMÉRICA"

AÑO I

CÁDIZ, JULIO DE 1927

NÚM. 7

El Autor del Monumento a las Cortes de Cádiz

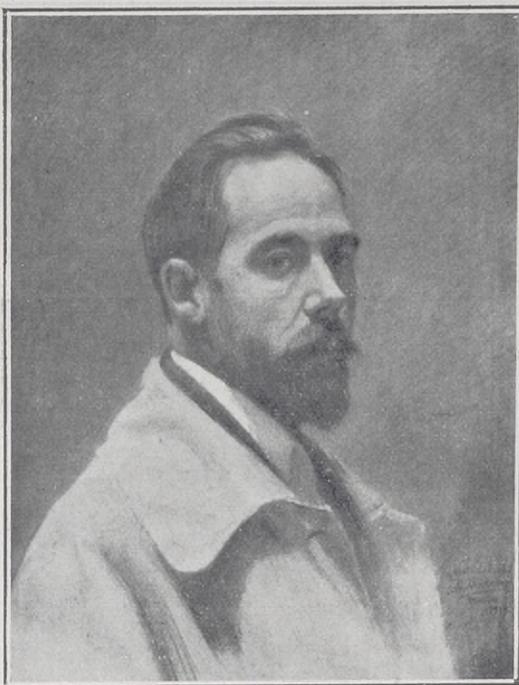
ANICETO MARINAS, EL ESCULTOR DEL SENTIMIENTO

La última Exposición Nacional de Bellas Artes, celebrada en Madrid, tuvo la virtud de reafirmar la relevante personalidad del ilustre escultor Aniceto Marinas, que en ella alcanzó el más alto galardón: la Medalla de Honor. Marinas era, desde hace tiempo, uno de los mejores cultivadores de las artes plásticas españolas; pero hombre retraído, modesto en demasía, enemigo de las pompas exhibicionistas, no se le conocía de la debida manera por la gran masa de la población.

Con Benlliure, Inurria, Clará, Blay y Macho, Marinas ha formado la pléyade de grandes maestros de la escultórica que en los últimos tiempos han destacado una personalidad firme, inconfundible, y creado una obra admirable y copiosa. Pero acaso, más que ninguno de los mencionados, presente éste un sello especial de feliz coordinación entre ambas, un como módulo inquebrantable en su credo o ideario artístico que si en inspiración y maestría al correr de los años puede compararse a la curva ascendente, en identidad sentimental se ofrece siempre, siguiendo la metáfora, como la línea horizontal.

Marinas es el arquetipo del hombre verdaderamente ungido por el don del Arte. Enamorado de él entregóse a su cultivo con fe y vocación insuperables. Han transcurrido los años. El pequeño que ayer, aún en la infancia, se abrasaba en la llama viva de la admiración y la envidia emuladora por lo bello, ha llegado a la edad madura, a las puertas de la senectud. Es, en lo físico y en lo espiritual, como se vé y se adivina que eran aquellos hidalgos immortalizados por el Greco en su famoso cuadro del *Entierro*. Tan que en un sueño, como en una visión fenakitiscópica, reconstruye hoy, en pleno disfrutar de la gloria, el camino recorrido.

Ninguna claudicación, ninguna renuncia al ideal, ni siquiera un momento de duda, de desilusión, y mucho menos de encono o lucha solapada por el triunfo. Sólo las naturales, pero honrosas, dificultades y amarguras del comienzo de la brega, que



DON ANICETO MARINAS
Ilustre escultor, autor del Monumento a las Cortes de Cádiz

hacen luego más sabroso el pan y mejor ganado el laurel. Por lo demás, una dignidad inquebrantable en el artista y en el hombre como hay pocos ejemplos hoy.

* *

Bien puede calificarse de ejemplar la vida de Marinas. Conociámosla ya, pero hemos gustado oír la de sus propios labios. Nació en Segovia, la ciudad monumental y castellana por antonomasia, el año 1.866. Hijo de familia humilde, menesterosa, vió ante sí, desde la infancia, el pavoroso problema del imperativo ma-

terial de la vida. Por trabajar, por ayudar a sus padres en la subvención del pan nuestro de cada día, entró como infante de coro o *seise* en la catedral de la ciudad de origen. Enamorado, con inquieto afán, de toda manifestación de la Belleza, gustó primero de la música y el canto, pudiendo ejercitarse en ambos merced a los oficios divinos. Pronto compró un violín y aprendió a tañerlo. Pero, no obstante, atraíanle también los colores y el barro. «Se me enredaba todo ello al mismo tiempo en el alma» —dice el gran artista. Y así vemos como trazaba con lápiz la silueta de los canónigos en el templo, los cuales, aunque se enfadaban por ver pintarrajeadas las paredes, alentábanle con elogios, y como al transcurrir algunos años, y dejado que hubo las notas musicales y los lápices por el modelado de figuritas, un gran escultor decorador que llegó a Segovia para restaurar el famoso Alcázar, Fernando Tarragó, encontrando magníficos los trabajos del incipiente artista, le gestionó una pensión de la Diputación Provincial.

En Madrid, en la Escuela aneja a la Academia de San Fernando, Marinas encontró la fuente Castalia de su vocación y sus ensueños. Estudió afanosamente, no obstante contar solo con las mil quinientas pesetas anuales de la pensión, de cuya cantidad aún tenía que dejar parte a sus pobres progenitores. A los dos años de ingresado, y teniendo solo veinte de edad, ya hizo una magnífica estatua de San Sebastián que, presentada a la Exposición Nacional, obtuvo segunda medalla. Samsó y Suñol fueron sus maestros en esta época. Opositor para el pensionado de Roma, obtuvo plaza en 1888. En la ciudad del Arte estudió con Palmaroli, al que guarda cariñoso recuerdo porque afianzó en él la idea de

tomar el ejemplo, siempre perdurable, de los grandes maestros, abandonando el cultivo de las «figuritas de cera» entonces tan en boga. Hizo los envíos reglamentarios para el Estado, y uno de ellos, el grupo titulado *Dos de Mayo de 1808* obtuvo primera medalla. A poco presentó otro, *Descanso del Modelo*, a la Exposición de Munich, por el que mereció medalla de oro.

De retorno en Madrid, Marinas es ya el excelso artista que al correr de los años ha de ir ofreciendo esa magnífica colección de monumentos y otras obras maravillosas que constituyen hoy día el patrimonio, la ejecutoria de su prestigio. Por encargo del obispo de Salamanca, y para la iglesia de San Juan de Sahagún, hizo dos grandes relieves en bronce titulados *La pacificación de los bandos* y *El milagro del pozo amarillo*. Este último, principalmente, define de modo elocuente lo que entonces era ya su autor. Se trata de la escena bíblica del pozo llamado Amarillo. San Juan de Sahagún vió un niño caer al fondo, y a petición de la madre de la víctima, bendijo las aguas. La superficie de estas subió hasta el brocal, y el infante, flotando en ellas sano y salvo, se asió al hábito del santo, quien lo entregó a la desconsolada mujer. «La facilidad de ejecución, la armonía en componer, le elegancia de las actitudes y lo humano del modelo, dan al conjunto la expresión suprema de la obra de arte.» Así se explica un ilustre crítico a propósito del relieve de referencia.

Por concurso entre artistas españoles, hizo Marinas las obras siguientes: la estatua de Moreno Nieto, para Badajoz; la de Guzmán el Bueno, para León; la de Concepción Arenal, para Orense; la de Velázquez, para la fachada principal del Museo

del Prado (con la que obtuvo, el año 1906, otra primera medalla); la de Eloy Gonzalo (el héroe del Cascorro), para la plaza del Rastro, de Madrid, y los monumentos a Legazpi, para Zumárraga, y a las Cortes, Constitución y Sitio de Cádiz, para

con las que Marinas ha logrado dar una maravillosa síntesis de su capacidad creadora.

Hace ya muchos años que Marinas es profesor, por concurso, de la Escuela de Artes y Oficios Artísticos de Madrid. Desde 1906 pertenece a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Posee las grandes cruces del Mérito Militar y de Alfonso XII, encomienda de Isabel la Católica y otras condecoraciones. Y todo ello otorgado por reconocimiento a sus méritos inmarcesibles, sin pretenderlo ni buscarlo el artista, antes bien rehusándolo, pues el gran escultor es, como antes decíamos, excesivamente recoleto y enemigo del compadrazgo y del *Vanitas vanitatum* tan a la orden del día.

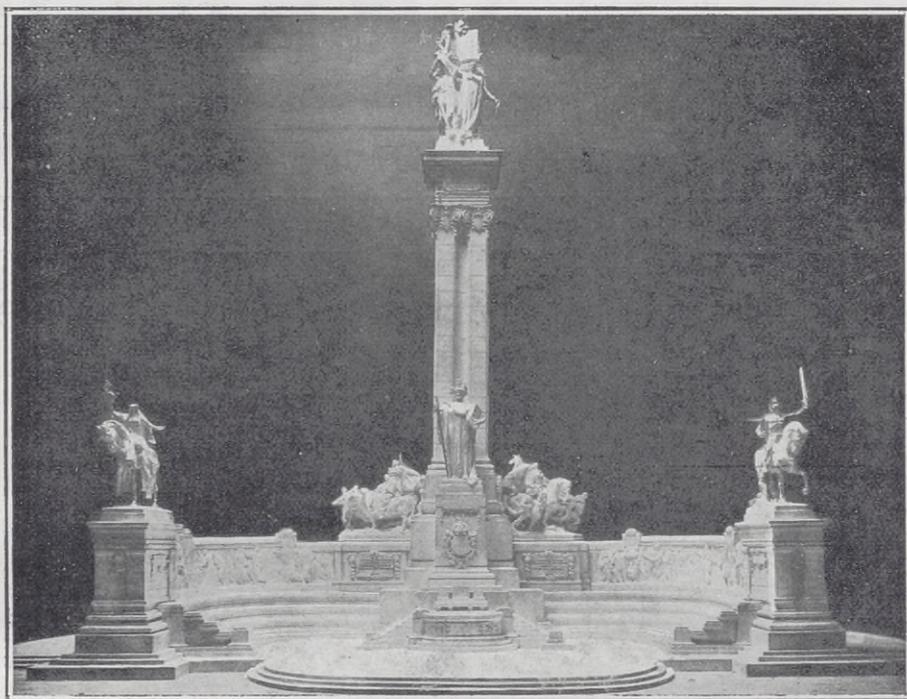
Sobre ser grandioso el arte de Marinas, inagotable su fecundidad, maravillosa su inspiración, es mayor aún el sentimiento eterno que alienta toda su obra. Marinas constituye por excelencia, el escultor del alma, del sentimiento. Predomina en su vasta labor de cuarenta años esa influencia del hombre sobre el artista. Pero singularmente en algunos de sus grupos escultóricos, el sentido de la superación de la belleza, en cuanto que ésta es siempre, y ante todo, la conformidad del ser con su destino, adquiere proporciones insospechadas.

ANGEL DOTOR
Madrid, 1927

□ □ □

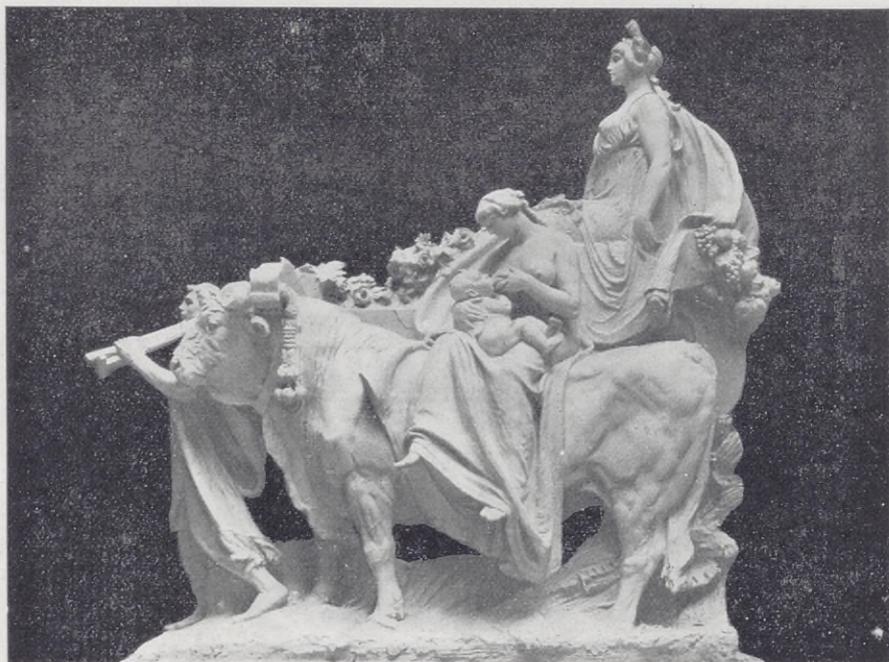
Exigencias del ajuste, nos han obligado a separar de esta página otro fotograbado destinado a ella: la estatua de la Consti-

tución, que hemos incluido en una plana del número de ESPAÑA Y AMÉRICA, que se reparte con este suplemento.



MONUMENTO A LAS CORTES, CONSTITUCIÓN Y SITIO DE CÁDIZ

esta ciudad. Por encargo, entre muchas: el monumento al Sagrado Corazón de Jesús, levantado en el cerro de los Angeles; el grupo titulado *La Libertad*, para el monumento a Alfonso XII, emplazado en



GRUPO ALEGÓRICO DE LA AGRICULTURA

el parque del Retiro de Madrid. En los cuatro años últimos estuvo dedicado casi exclusivamente a las dos obras presentadas a la Exposición Nacional de 1926, tituladas *Urso* y *Hermanitos de leche*,



Como fué tratado Darío en Nicaragua

Capítulos del Libro LA MUERTE DE RUBÉN DARÍO

I

Un escritor centroamericano, don Francisco Huezco, publicó un libro que ha de prestarme datos para este volumen. Que pudiera llamarse el desquite de Rubén Darío. Apruébelo él desde el cielo de su inmensa gloria, ya que vindica sus últimos padecimientos en la tierra natal. (Apenas eso, que de maternal nada tuvo para sí). En efecto, allí decayó su espíritu por siempre jamás, hasta que su cuerpo fué a la fosa.

Pero los mayores padecimientos para el aeda comenzaron antes de su arribo a Nicaragua. En Barcelona había enfermado. Embarcó para América poco después de una pseudo misión de paz mundial — ¿quién había de escuchar al lírida?... —, y en Nueva York supo alternativamente de la comodidad y de la penuria, crueles días los que pasó en la urbe neoyorkina, que le hicieron escribir aquellos versos en que la palabra Dolor vá como estribillo, el ritornelo del poema sentido, del vívido poema aquél.

Y llega a Centro América. Un Presidente de por éstas tierras, el de Guatemala, — entonces Estrada Cabrera, — le ofrece la mano de Mecenas. Mecenas así, para el puro, para el pulcro, para el alto, cumbre en las letras mundiales. Pero tal anda el mundo, y en los momentos de sus aflicciones no había de parar mientes Rubén Darío, y se acogió a aquella tabla. Así llegó al istmo el gran poeta. A acabar de morir, cuando quizás en otro medio pudo haberse salvado de la enfermedad que le minaba.

Y la «patria», de esa guisa, comenzó a matarle. Pues en la capital de Guatemala, donde residiera bajo las generosidades de Estrada Cabrera, los «compatriotas» comenzaron una tarea que había de culminar en el propio terruño... Atmósfera de vicio le formaron, cuando cabía una de reposo, de continencia, de paz. La misma munificencia presidencial le hizo daño, pues se manifestó en la forma de amplitud para que le sirvieran nepentes *ad libitum*... Que él ingería con fruición de enfermizo, estimulado por las compañías... Si no lugar de francachela la alcoba del poeta, era lugar donde se libaba, y mucha Corte tuvo Darío mientras las botellas se descorchaban... Todo eso, como se comprenderá, aceleraba el fin... Hubo a modo de contribución para que el sol se pusiera... Y los más empeñados en ello, parece mentira fueron paisanos de Darío, que le rodeaban, no por devoción, no por amor a la grandeza de aquél cerebro, no

por culto de gratitud a quien daba gloria al terruño común, sino por rastacuerismo, por espíritu de medro, por aquello de que hay que manosear al armiño, pasar la mano sobre el oro, tomar la flor. Aquél lirio así, ¡entre ortigas!

Y no es antojadizo esto que queda dicho. Sábenlo diversas personas y hasta el mismo Presidente Estrada Cabrera, cuando conoció del abuso, ordenó que se aislara al poeta su huésped, no permitiendo que penetrara a su lado los moscardones...

Son datos que constan. Vez hubo en que



G. ALEMÁN BOLAÑOS

Honramos esta página con una interesante crónica del reputado escritor centro-americano Gustavo Alemán Bolaños, una de las más destacadas figuras de la intelectualidad contemp. oránea.

Alemán Bolaños, que ha colaborado en los más importantes periódicos de América, entre ellos «La Nación» de Buenos Aires, tiene publicadas varias obras muy notables, mereciendo especial mención las tituladas «La Juventud de Rubén Darío», «La Fatoría» y «Periodismo y Periodistas.»

unos por Darío fueran para pasearse en carruaje con él, aún a trueque de causar daños a su salud, su resentida salud. Pero el exhibicionismo se imponía... No faltó allí el nicaragüense, desde luego, en ese atentado, y si valiera la pena de que se diesen nombres propios, los estamparíamos.

Estaba en Guatemala por aquél tiempo un tal «coronel» Pasos, héroe de una Nicaragua donde el valor de los hombres ha servido para la matanza fraticida. Desde luego que el individuo se le llegó a colar a Darío. A la vera de su lecho de enfermo estaba el tal coronel. Que era un fachendoso verbalista. Pues bien, complaciase el tal en referir a oídos del poeta de sus fañanas de guerra, espeluznan-

tes relatos de sanguinarismo. Eso horripilaba a Darío, que sintió pavor de aquel hombre belial. Y cuando los otros se marchaban, dejando solo al manso en la compañía del tremebundo, entraba gran temor a Darío, por suponer que el «coronel» Pasos podía matarle... «—no me dejen solo!»—decía dirigiéndose al médico nicaragüense Hildebrando Castellón.

Ese mismo Pasos ha contado,—en página que publicara una hoja de una cabecera departamental de Nicaragua,— que él sustituyó a Darío en cierta recepción en la Legación de Alemania a que fuera invitado el famoso poeta. El relato es fantástico, naturalmente. Pero él, el muy tuno, se retrata llevando la propia ropa de Rubén Darío, y asistiendo al acto... como delegado. Baladí el caso, pintará como se irrespetó a quien reverencia merecía. Es que el igualitarismo de los nativos de esa sección de Centro América, no tiene nombre.

En efecto, poetastros hay en tierras nicaragüenses que son «hermanos» de Darío, cuando no herederos de su lira. Así le trataron. Era un grosero tuteo. El paciente, generoso, disimulaba, toleraba, hasta parecía gustar de ello... Pero lo cierto es que eso no acontece en otras partes, donde las glorias son como las estatuas, que hay que mirarlas levantando los ojos.

Un capítulo cruel acerca de Darío, es aquel que se refiere a las exigencias de sus «amigos» para que escribiera loanzas a Estrada Cabrera. Algo o mucho de esto pudiera referir como participe el escritor Máximo Soto Hall. No fué, pues, desinteresada la hospitalidad del dictador, y ya se ha de calcular que no era ajeno a la cuestión quien todo lo disponía en Guatemala. Darío se resistía, más que por escrúpulos por la incapacidad en que le tenía su enfermedad. Pero no hubo medio y dictó el poema aquel a Palas Athenea, en que figura inadecuadamente el nombre del tirano.

Se ha publicado por ahí un anécdota en que se presenta al poeta guatemalteco Arévalo Martínez auxiliando a Darío en lo de pagar a Estrada Cabrera con loas escritas. Se dice que Arévalo, servicial, tomó la péñola y escribió y puso la firma de Rubén... Y que éste, le quedó muy agradecido. La especie es totalmente falsa. Arévalo Martínez, nos lo ha asegurado, sin negar que bien pudo haberlo hecho.

De esa manera discurrieron días dolorosos para Darío. Pero le faltaban los más crueles, como se verá.

La clerecía se mezcló en su vida. Desde Nicaragua llegaron influencias para que el arzobispo de Guatemala obtuviera la adquiescencia de Darío en asuntos de orden doméstico, y consintiera en regresar a su país que no era suyo. ¿A qué? Pues a morir.

Va, pues, Rubén Darío rumbo a Nicaragua, después de unos tantos meses de residir en Guatemala. Donde siquiera encontró esplendor. Y la mano de un gobernante con defectos capitales pero con generosidad. A cuerpo de rey, como se dice fué tratado, para llegar casi cual paria a Nicaragua. Hay pruebas documentales acerca de lo que estamos asegurando. Las contiene el libro del señor Huez, testigo presencial. Y como estas páginas son de desagravio, no haya consideración que nos detenga con toda devoción, con veneración estamos vengando a un sacrificado.

II

Esto con Darío en su país databa de antaño. Cuando jovencito la policía le declaró vago allá en la ciudad de León, quizás porque no era aprendiz de zapatero o de sastre... No olvidó eso nunca quien fuera ungido por la gloria. Un gobierno conservador de entonces le negó una pensión para que fuera a estudiar al extranjero. Si desde entonces sale, quizás viviría. Porque no se hubiera aficionado a las bebidas espirituosas como lo hizo en Nicaragua, por falta de ambiente. Sabido es que el alcohol precipitó a Darío hacia un fin prematuro.

Anduvo el tiempo. Consagróse celebridad Darío, pero nunca pudo deber nada a la su patria. Apenas le nombraron, ya glorioso, cónsul en París con escaso sueldo. Al Congreso panamericano de Río Janeiro en 1916, fué de simple secretario de la delegación nicaragüense, y eso satisfaciendo la vanidad de un ministro que quería envolver su representación en el manto de la fama del portalira prodigioso.

En 1908 estuvo en Nicaragua Rubén Darío, cuando gobernaba Zelaya. Trabajo le costó hacerse nombrar ministro en España, con sueldo mezquino que ni le pagaron en muchos meses. Tuvo él que sostener la posición con el sudor de sus sesos, como dice en sus memorias. Entonces, como otras veces, se ejerció la intriga contra Darío, cuando se trataba de darle el cargo. Amargarón al poeta, y eso que contaba con amigos en el gobierno. Pero conózcase la décima que escribió poco antes de embarcarse para España, ya con las credenciales. Volvía la espalda al país... y es conocido lo que estamos informando. En Nicaragua varios saben esto. Dice la estrofa que el sutil sabrá interpretar:

«Ve un zorzal a un pavo real
que se extiende y gallardea;
le mira la pata fea
y exclama: ¡horrible animal!
Sin ver la pluma oriental
del pájaro. Papanatas,
gentes torpes e insensatas
son otros tantos zorzales...
que si encuentran pavos reales
sólo les miran las patas.»

Como decimos, el gobierno de Nicaragua dejó de pagar sus sueldos al ministro en España, y eso acarreó dificultades a Rubén Darío como se comprenderá. Después en 1910 le nombraron representante del país en las fiestas del centenario de la independencia de México. Se destacó para asistir, pero ya en el camino fué derrocado el gobierno y los que subieron al poder, conservadores espesos y gentes sin idealidad, cancelaron cablegráficamente las credenciales. Pero no le reconocieron a Darío sus gastos ni le hicieron salir del apuro en que quedó.

Y eso no es nada. Una deuda de pocas pesetas había dejado el ministro en Madrid, valor de un sombrero de ceremonias. Pues bien el sombrero zafio y truán envió la cuenta al gobierno de Nicaragua y en la Secretaría de Relaciones Exteriores de Managua cometieron la vileza de publicar la nota de cobro en los periódicos locales... Esa fué otra de las formas en que Nicaragua, por medio de su administración pública, supo pagar la nombradía que le refleja Darío, gloria opacada por la traición al sentimiento

patrio en que se mantiene el nicaragüense. ¿Y cómo paga Darío? Pues exaltando al país. Léase el libro suyo intitulado «Viaje a Nicaragua» y se verá. Noblemente, en el instante de trazar sus palabras olvida la forma vulgar en que ha sido tratado por aquella patria que más que madre le supo a madrastra... Tiene conceptos de elogio, se transparenta su cariño para la tierra natal, para el pueblo de Nicaragua, pueblo que, en representativos suyos que acata y que hasta aplaude, le ha ofendido. Esa es la palabra. Las líricas admiraciones no se descuentan. El que se hayan llenado la boca, como siempre se la llenan, con el nombre del famoso portalira paisano, no constituye nada sino vacuidad. Menester es que se reverencie a los consagrados, que se les rodee de altas consideraciones, de todas las comodidades posibles. Como hacen otros pueblos de la tierra, y sin ir más lejos aún en los mismos terruños de Centro América que no se llamen Nicaragua. En otra parte, ante ofensas al genio que naciera en el propio suelo, la indignación se habría desbordado, como castigo. En el país de Rubén Darío apenas uno que otro dijo alguna palabra combatiendo la iniquidad que se sucedió en formas distintas contra el ilustre.

Que, por otra parte, vino al mundo en el caserío de la nicaragüense Metapa, como un capricho de la naturaleza.

G. ALEMÁN BOLAÑOS

Cuentos de la vida literaria

LA SUERTE

Una predestinación con aspecto de casualidad llevó a Mercedes por los caminos de Castilla.

Era la muchacha de natío montañés, de las tierras marinas y desiguales donde seduce el opulento desorden natural: valles, cimas, tajos, cantiles y torrentes.

Y, de pronto, en una tarde azul, cuando el cielo sonreía con la pena misteriosa del crepúsculo, llegó la viajera a un pueblo de León, tendido en el páramo con mansedumbre trágica; anduvo las calles mudas, miró con asombro las casas cerradas, idénticas, y al cabo de muchas vacilaciones llamó en una señalada por una cruz, detrás de cuya puerta sonaba una tos muy pertinaz.

Un anciano acudió a franquear la entrada, sonrió con misterio lo mismo que el anochecer, y sin manifestar sorpresa respondió, solícito, a las preguntas de Mercedes.

Allí vivía el párroco, que había salido a un largo paseo, según tenía por costumbre. Este párroco, era casi el único mozo de la localidad, y apenas tenía en su sagrado ministerio otra ocupación que la de enterrar a los ancianos caídos lentamente y la de celebrar misa entre los que aún se sostenían de pie, y las matronas que aguardaban con indiferencia el tornaviaje de sus maridos.

—¿Y ellos?—preguntó la muchacha, atónita.

—Andan por el mundo—dijo el padre del cura, tendiendo su mano sarmentosa en un ancho ademán.

Mercedes levantó los ojos al horizonte que el abuelo quiso recoger con su brazo temblón, y las cumbres lejanas del Teleno se le acercaron deslumbradoras: el Sol, al morir, las encendía en el horno fragante del estío.

Siguió la muchacha detrás del viejo, maquinalemente; él hacía retañar las llaves de

la iglesia, y los pasos de los dos sonaban con holgura en el vacío lugar. De las techumbres aldeanas, donde el aire había llevado simientes de la campiña haciéndolas fecundar entre el cuerno, volaron asustadizos multitud de pájaros.

La parroquia, terriza por fuera lo mismo que el caserío, aseada y pobre, estaba ya oscura; pero el guía advirtió, previsor:

—Voy a «mechar» las lámparas y verá usted los santos.

Alumbro entonces unas imágenes descoloridas, de actitudes cansadas y sufridoras. La Virgen de la Majestad, con las manos llenas de flores mustias; en la cabeza, de peluca ensortijada, una corona enorme. Ambos adornos, la diadema y las rosas, diríase que le pesaban mucho.

Merceditas sintió deseos de aliviar a la Patrona de aquella esclavitud que acaso duraba muchos años, siglos tal vez. Y con un suspiro lastimoso dejó a la Virgen sometida a su carga de trapos y metales para volver los ojos a otra escultura.

—Este es el Resucitado—le decía el sacristán.

—¡Que parece un muerto!—susurró la muchacha, contemplando la imagen del Señor, desnuda, con una bandera en la mano y una traza macilenta de cadáver.

Bajaba la noche fuera del templo, sobre el terroso paisaje, y Mercedes, arrepentida de su escapatoria, un poco lejos de la casa familiar donde se hospedaba, despidióse repentinamente del viejo.

Había salido de curiosa exploración por el llano en aquella tarde azul, y engañada por la lisura del terreno, sin perspectivas, manso y uniforme, todo igual, llegó hasta la vecina aldea, como una maravillosa aparición.

Ya la miraban extrañamente desde algunos portales entornados. ¿Quién podría ser la intrusa, vestida de señora principal, tan linda y tan joven?

Ella caminaba presurosa, guiándose por el confuso diseño del pueblecillo a donde se dirigía y por el toque del «Angelus» que de allí manaba, sin altura, arrastrando su voz por los rastrojos, como la de esta otra parroquia del erial.

Sentía Mercedes más que nunca el influjo raro del paisaje y a todo lo desconocido respondía el eco de su corazón como una caja henchida de sonos. Pensó que no olvidaría aquellos instantes suyos de soledad en la desnudez cándida y triste de la Tierra, bajo el intento místico de las campanas, entre dos aldeorrios descoloridos, agachados en inmensa genuflexión de humildad: algo eterno y predestinado cundía

allí para la moza en la oración de la tarde y en la conjuración de la noche.

* * *

De aquel retorno inolvidable se le había suavizado el recuerdo a Mercedes pocos días después.

En la ciudad próxima tuvo la forastera muchos pretendientes y el vaso fascinador de su edad triunfó de unos temores apenas dolorosos, como había triunfado sobre las mujeres del país la belleza de la muchacha, de una floración más pura y exquisita.

El novio de la niña montañesa fué lo que suele llamarse «un buen partido». Y nadie supo cómo, de aquella boda, afortunada, al parecer, pudieron venir la ruina y el desastre, casi repentinos, del nuevo hogar. Circunstancias súbitas de negocios, inexperiencias, equivocaciones, una serie de infortunios insospicados, exigieron la expatriación del marido por esa derrota, ilusa, tantas veces, de las Américas. El hombre del llano obedecía así al conjuro de la casta emigratoria: se iba, como los demás esposos de las pobres castellanas. Pero se iba enfermo, mal preparado y dirigido para una tardía lucha.

Y Mercedes le vió partir con la desesperación que producen las despedidas funestas; se quedó sola, amedrentada, lo mismo que aquella tarde en la llanura cuando sintió como un aviso el soplo triste de la suerte.

* * *

Ahora la mujercita ribereña ha vuelto a su país buscando como un lenitivo la piedad de los montes, la tierra verde y jugosa, el trueno de las riadas y, sobre todo, la orilla del mar, una linde inquieta y sonora donde a nadie se le ocurre temer que se haya anclado el tiempo y la vida se quede inmóvil con nuestras penas, cargada siempre con el mismo dolor.

Confía la muchacha vagamente en las mareas y los vientos que empujan las noticias del amado, y supone que acabarán por llevarse las pesadumbres de la esposa. Pero lo que traen consigo, de pronto, es un moribundo.

El cablegrama y el barco arriban casi a la vez, por compasiva intervención de quien desde lejos procura no hacer larga esta última y angustiosa espera...

Está el día velado. En el muelle de su ciudad aguarda la joven el arrimo lento de aquel vapor donde se ignora si llega un incurable.

Hay una ansiedad tan contagiosa en la actitud de la mujer, que sin darse cuenta de ello la gente la mira y la rodea, cuando

atraca la nave a su machina y se acerca el capitán a la borda, anhelando sorprender un rostro desconocido, el lívido personaje que ha de contestar a esta pregunta:

—¿Es usted la esposa de un enfermo que...?

—Sí, sí; yo soy. ¿Viene?

—¡Todavía!—responde el marino con elocuencia terrible. Y manda tender el paso a fin de que la señora embarque la primera.

Allá, en el fondo sombrío de un camarote, descubre la infeliz un semblante palidísimo y agudo, una voz que apenas susurra:

—¡Mercedes!...

Ella se para en medio de su avance, transida, de improviso, por la memoria de aquel retorno suyo en la paramera de León, entre dos pueblos grises, bajo el rezo insendable de las campanas. Y vuelve a ver, sobre todo, la imagen del Resucitado, desnuda y cadavérica lo mismo que este viajero a quien ama. Teme él que no le reconozcan, intenta hablar, y como no lo consigue, agita su pañuelo... ¡sin duda es la bandera que el Señor tenía en la mano aquella tarde!...

La muchacha rompe, enloquecida, un sollozo sobre los labios agonizantes de aquel hombre, destruido por la emigración, en plena juventud, que sólo vive para dar el último beso, para saber que ha llegado a los brazos de Mercedes, a la orilla de la patria, al cumplimiento fatal de un destino. Y cierra para siempre los ojos, mientras se rebullen las entrañas del barco, mal seguro todavía por las maromas.

Ya está roto para Mercedes el secreto del porvenir, hundida en la ribera el áncora de una predestinación, como se lo dijo aquella tarde, remotamente, el alma numerosa de la Llanura...

CONCHA ESPINA.

Madrid, 1927.

ADVERTENCIAS

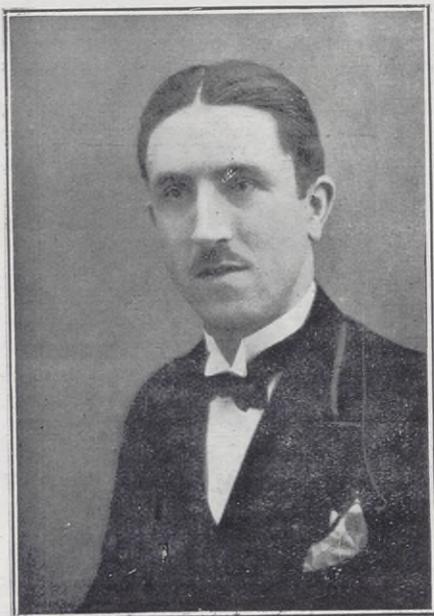
Por exceso de original, aplazamos para el próximo número la sección "Miscelánea" y otros trabajos interesantes.

Advertimos a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales, publíquense o nó, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.



GLOSARIO MENSUAL

Angel Dotor, nuestro ilustre colaborador, acaba de ser objeto de una nueva y merecida distinción: la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, le ha nombrado por unanimidad, Académico Co-



ANGEL DOTOR
distinguido publicista

respondiente, a propuesta de los numerosos Duque de Alba, Aniceto Marinas y Santamaría.

Dotor había sido elegido también, Correspondiente, hace varios meses de la Real Academia de Bellas Artes de Toledo, y no nos ha extrañado este nuevo galardón que ha alcanzado tan merecidamente, pues conocida es su labor histórica

y literaria en los más importantes periódicos de España y de los países americanos.

Rara es la publicación contemporánea donde no aparece la firma de Angel Dotor, y siempre sus trabajos son notables y llenos de erudición y galanura.

Nuestra revista, que se honra con la colaboración de tan prestigioso publicista, celebra su nuevo triunfo como cosa propia.

*
*
*

En la nueva generación de poetas españoles, Gerardo Diego ocupa lugar preeminente.

Tiene publicadas seis obras: «El Romancero de la Novia» y «Soria» (ediciones privadas); «Imagen»; «Manual de Espumas», «Egloga de Pedro de Medina, Medinilla» y «Versos Humanos.»

Solo conocemos de este autor dos libros: «Manual de Espumas» y «Versos Humanos», en los que hemos observado al poeta delicado, sencillo y correcto, moderno sin extravagancias y clásico, a veces, sin exageraciones. «Versos Humanos», sobre todo, nos parece una colección de composiciones excelentes, suficientes, desde luego, para dar renombre a su autor.

El reputado lírico uruguayo Federico Morador, al juzgar el libro «Imagen» de Gerardo Diego, ha dicho acertadamente: «Su procedimiento es objetivo. Al dar forma estética a lo que observa, lo hace evidente. Es esta virtud la de un gran poeta. Frente a un palacio de mil puertas, Diego, temblorosamente, quiere abrirlas todas para ver y explicar el mundo que sueña detrás de cada una. Esta curiosidad y este ensueño habitualmente mezclados, levantan en los versos de «Imagen» una marca de sugerencias. Y es, sin em-

bargo, definido. Gerardo Diego ama los contornos. Su profundidad es clara por eso. Zambulle y va directamente al corazón de las cosas, es decir, al corazón de la imagen.»



GERARDO DIEGO
brillante poeta castellano

Y es que a Gerardo Diego podíamos llamarle «el poeta de las imágenes».

Así lo demuestran muchas de sus poesías, y sobre todo las tituladas «Lluvia», «Ventana», «Fuente» y «Visita al Mar del Sur», por no citar más.

Creemos que Gerardo Diego en sus futuros libros confirmará la fama de verdadero poeta que ha sabido ganar con sus últimas obras.

ZAHORÍ

CUESTIONES RUBENDARIANAS

EL SONETO DE 13 VERSOS

¿Tiene antecedentes en la literatura catellana el soneto de trece versos de Rubén Darío? Parece que sí. Conozco un soneto endecasílabo de trece versos, escrito nada menos que por el famoso «modernista» español Pedro Calderón de la Barca, poeta de la corte de Felipe IV y autor poco conocido del drama *La vida es sueño*.

Si no, véase. Con el título *Poesías inéditas de Calderón* (1) la *Biblioteca Universal* publicó en 1899 el tomo LXXI de su Colección y en la página ciento veinte y tres de dicho tomo se lee:

A SAN FRANCISCO DE BORJA

Con motivo del certamen celebrado en la Canonización de San Francisco de Borja en 1671 escribió Calderón de la Barca una canción y un soneto.

La canción tiene por objeto celebrar el mérito adquirido sobre el heredado; y el soneto recordar el hecho insigne de San Francisco, que siendo virrey de Cataluña, se vió acometido, puñal en mano, por un caballero, y se contentó con reprimirle en vez de castigarle.

(1) No todas son inéditas. El *Discurso métrico-ascético* está en el tomo XIV de Rivadeneyra.

A renglón seguido se inserta la canción; y luego, en la página ciento veinte y seis el siguiente

SONETO

Joven arrojado mal precipitado
dos dignidades ofendió atrevido:
marqués, pudo el valor verle rendido;
virey, pudo el poder verle postrado.

Ni de uno ni otro se valió indignado,
quien de uno y otro se valió advertido:
¿Qué más poder que haberle reprimido?
¿Qué más valor que haberle perdonado?

No a poca costa, pues, del sentimiento
le vence una pasión: ¡Oh quién dijera
la opresión conque fué, si considera
que no fuera acto heroico el sufrimiento,
si el sufrimiento grave cruz no fuera?

Parece congruente. Estará trabucado?
Lo escribió así Calderón de la Barca?
Todas estas preguntas encierran algún interés. Pero sin duda que lo tiene mayor esta otra: habiéndose editado las *Poesías inéditas* de Calderón de 1899 ¿las conoció Darío? ¿Fué una ocurrencia del nicaragüense su *Soneto de trece versos* de *Cantos de vida y esperanza*, o un ensayo calcado sobre el de Calderón?

Yo me inclino a creer que fué un acto espontáneo, una ocurrencia. La disposi-

ción tipográfica que le dió a la quintilla como para infundirle al lector la sensación visual de los tercetos, acusa cierto temor que se hubiera desvanecido en Darío de conocer el precedente clásico.

He aquí el de *Cantos de vida y esperanza*.

El soneto de trece versos

De una juvenil inocencia
que conservar sino el sutil
perfume, esencia de su Abril,
la mas maravillosa esencia!

Por lamentar a mi conciencia
quedó de un sonoro marfil
un cuento que fué de las *Mil*
y una noche de mi existencia...

Scherezada se entredurmió...
El Visir quedó meditando...
Dinarzada el día olvidó...

Más el pájaro azul volvió...
Pero...

No obstante...

Siempre...

Quando ..

Queda el surco abierto a la investigación.

REGINO E. BOTI

Guantánamo, Cuba, 15 de mayo de 1926.

Poetas contemporáneos



NOBLE CASA SOLARIEGA...

Noble casa solariega con escudo en la portada,
noble casa que aparece melancólica y cerrada,
que resignas tu tristeza en tu artística altivez;
en tí viven los recuerdos de los tiempos ya pasados,
en tus amplios ventanales de cien años ha. cerrados,
en tus patios soñolientos, tu quietud y tu mudez.

En un tiempo quizás fuera el refugio bien querido
de una pálida condesa que del mundo hubiese huido
al sentir, desengañada, lo fugaz que es el placer;
o quizá convento fueses de unas rústicas profesas,
con novicias inocentes y con sabias abadesas
o la austera residencia de algún grave canciller.

Noble hidalgo que habitara en tus góticos salones
donde férreas armaduras, cortinajes y blasones
fuera marco suntuoso del vivir de un gran señor;
o de intrigas ignoradas, cuando un joven rey discreto
penetrara con sigilo, de la noche en el secreto
a gozar de las dulzuras prohibidas de un amor.

¿Quién descifra tus enigmas, quién conoce los sonidos
que en las noches de otras veces, despertábalos dormidos
ecos vagos de las bóvedas de tus cámaras en paz...?
¿Quién oyese las historias que contar puedan tus puertas
y tus amplias escaleras, y tus rejas entreabiertas,
que accedieran a una cita maquiavélica y audaz!...

¡Noble casa solariega, con escudo en la portada;
noble casa que aparece melancólica y cerrada,
que resignas tu tristeza con tu artística altivez;
en tí viven los recuerdos de los tiempos ya pasados,
en tus amplios ventanales polvorientos y cerrados,
en tus cámaras vacías, tu quietud y tu mudez!

MANUEL IZQUIERDO.

Málaga.

EL LUCERO

Fuiste como un lucero fugitivo y radiante
que mi cielo cruzó,
pero brilló un instante
y después se apagó.

Hoy mis ojos te buscan en la noche callada
y húmedos de emoción,
recorren afanosos la bóveda estrellada
en una inútil interrogación...

EL DULCE PECADO

De un dulce pecado tengo que acusarme
y es de este pecado de coquetería...
¡Que placer tan grande
prometer y luego negar la caricia!

Que temblor tan hondo recorre mis nervios
cuando en las pupilas que me están mirando
cruzan los deseos
igual que unos puntos rojos y dorados!

¡Que suave el arrullo que toca el oído!
¡Que embriaguez tan dulce la de la palabra!
Yo escucho y sonrío,
sintiendo el peligro de la llamarada...

Pero esquivo el fuego y escapo de prisa
cual blanca gacela...
¡Que bello pecado la coquetería,
prometer y nunca cumplir la promesa!

TENGO TRISTE LOS OJOS...

Tengo tristes los ojos porque en ellos prendida
me dejó su tragedia dolorosa la vida.
Tengo ardiente la boca,
porque el amor en ella clavó su flecha loca.

Más si a veces me río,
¡No es mi frívola risa la expresión del contento!
Es que enferma de hastío,
ahuyentar quiero en vano un sombrío,
tenaz pensamiento...

ROSARIO SANSORES.

La Habana, Junio de 1927.



TEMAS DE ACTUALIDAD

Los españoles y el Premio Nobel

El vulgo ilustrado, juez supremo, árbitro, e iniciador juvenil del camino que han de tomar las distintas escuelas de cultura, retarda el triunfo de los artistas poniéndole trabas, mostrándole indiferencias, y matando el loco entusiasmo de la raza. Con la cultura menguó la sensibilidad de la gentes. Creer en la repetición monótona de los hechos es un absurdo. Al escritor, al economista, al abogado, al filósofo, al médico, que quiera hacerse de una pronta reputación, tiene que seguir la trayectoria que le indique ese gran vulgo ilustrado. Todo cuanto se escribe, se piensa y se dice, se hace con pluma de segunda mano. Por eso la ciencia avanza con pasos inciertos, y los estudios superiores para los que el entendimiento humano, le es muy difícil encerrarse en la austera sencillez de puntos de vista metafísicos, objetos de burlas para los ignorantes y espanto para los simples y los estacionarios, apenas si salen a la luz. Siglo crítico que posee erudición y penetración, pero al que falta originalidad y fè. Grandes en las ciencias físicas, pequeño en las filosóficas y en el arte. Yo creo que por ese prurito de haber exagerado su afición a la especialidad. No por eso dejan de ser guías salvadores esos chispazos que lucen de improviso con el guiño piadoso y la esperanza alentadora de la luz de un faro.

En estos días se pide el premio Nobel de literatura para Don Armando Palacio Valdés.

Desde aquella marejada intelectual del año 1904 en que Don José Echegaray fué agraciado con el premio Nobel de literatura, no ha vuelto ha producirse un movimiento de opinión tan simpático. España entonces se conmovió profundamente, y el Rey con el pueblo se reunieron en el Palacio del Senado para enaltecer el amor al estudio y al trabajo. Homenaje sencillo y de un gran afecto, en el que sin incurrir en exageración, tomaron parte todos los españoles.

Más tarde en 1922, Jacinto Benavente era enaltecido con el mismo preciado galardón. El homenaje se redujo a un modesto banquete, y apenas si tuvo el hecho más resonancia. Era en los tiempos de la post-guerra en el que nacieron sucesos capitales y hubo un desfile pintoresco de modalidades de alto coturno. La vida inició su metamorfosis en un sentido materialista que despertó el mezquino sentimiento de un fastuoso mejoramiento económico. El trabajo no tenía pues «cotización oficial» más que en un reducido círculo de pensadores.

Han transcurrido cinco años en los cuales en medio de un vivir vertiginoso, nuevos hombres al amparo de inconfesables negocios, se han erigidos en señores de una gran parte del sector social. Por único ideal tienen el vivir a costa del sudor ageno, y ver inflamarse sus vientres marcando de un modo ridículo, esa curva que se ha dado en llamar irónicamente, la curva de la felicidad. Infiltrado ese

virus en la mayoría de la gentes, poco importa en la actualidad conocer a esos otros hombres beneméritos que tuvieron una alteza de mira peculiar, y quisieron estimular el trabajo con el acicate de la gloria primero, y con un buena remuneración a tantos desvelos después.

De Nobel no se sabe más que fué ingeniero. Y ya es bastante. Ni siquiera que fué un ingeniero que se enriqueció con sus inventos. Inventos que tuvieron su aplicación guerrera e industrial en el siglo XV, en que tres grandes sucesos coinciden con el alborozado despertar de las Artes y de las Ciencias; la invención de la imprenta, el descubrimiento del Nuevo Mundo y la aplicación de la pólvora.

Los desvelos de Rogelio Bacón monje alquimista al que algunos eruditos le hacen «inventor de la pólvora» al expirar el siglo XIII, siguiendo las relaciones que Marco Creco y después Alberto el Grande habían escrito acerca de las mezclas detonantes, ya conocidas de chinos y japoneses, que las empleaban para rodear a sus ceremonias religiosas de mágias y fantasías, hasta esa otra opinión que atribuyen el milagro a Bertoldo Schvartz, sin olvidar a Schanlein que sometió a la acción del ácido nítrico materias celulósicas y textiles de origen vegetal, llamando al nuevo producto algodón pólvora o piroxilina, llegamos al nuevo explosivo, que convirtiendo la glicerina en un poderoso y destructor elemento: la nitroglicerina fué origen de los descubrimientos industriales y de la fortuna de Alfredo Nobel.

Decía Nobel que las grandes fortunas heredadas atrofian la facultades humanas. Que los opulentos debían dejar a sus herederos nada más que una mínima parte de sus bienes, lo necesario para abrirse paso en el camino de la vida.

Natural era que un hombre que abrigaba estos pensamientos, reflejase en sus últimas disposiciones la grandeza de su corazón. Y así sucedió, su testamento contiene una cláusula importante:

«.....Y con el resto de mi fortuna convertido en valores de toda seguridad se formará un fondo cuyos intereses se distribuirán anualmente para recompensar aquellas personas cuyos trabajos hayan sido más útiles a la humanidad. Estos intereses se dividirán en cinco partes iguales destinada a premiar a los autores de los más importantes descubrimientos o invenciones en Física, en Química, en Fisiología o en Medicina, al autor de la obra literaria más notable en el sentido idealista, y a quien haya trabajado con mejor éxito por la fraternidad de los pueblos y la supresión o disminución de los ejércitos permanentes, contribuyendo a la formación o propagación de los Congresos de la Paz.»

«Los premios para la Física y la Química se concederán por la Academia de Ciencias de Suecia; para la Fisiología o la Medicina por el Instituto Carolino; para la Literatura por la Academia de Estocolmo; y para la obra de la Paz por

una Comisión de cinco miembros elegidos por la Cámara de Diputados de Noruega.»

La fortuna de Alfredo Nobel ascendía en aquella época a unos 43 millones de francos y el Consejo Administrativo de la fundación cuyo presidente nombra el Rey, ejecuta con admirable regularidad y orden perfecto desde el año 1901 la voluntad del fundador. La parte metálica del premio se entrega sin dilación ni expediente a los afortunados y meritísimos premiados.

Las medallas llevan en el anverso el busto de Alfredo Nobel y en el reverso la correspondiente a la Literatura, un joven sentado escribiendo el canto de una musa. La inscripción de este reverso reproduce la frase del canto de la Eneida:

Juventas vitan juvas excoluisse per artes.

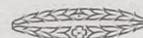
Palacio-Valdés es un sutilísimo conocedor del alma femenina. Vemos destacarse a través de su copiosa obra literaria, «Marta y María» de la que un crítico tan severo como Fitzmaurice-Kelly dice en su Historia de la Literatura española, que hay en ella «realismo, viveza humorística, y sobre todo deliciosos retratos de mujeres».

Gloria en «La Hermana San Sulpicio» y Maximina son dos finísimas creaciones que emparejan en la literatura universal con esas otras concepciones tiernas, dulces y sentimentales de los grandes escritores.

Yo presentaría como el más cumplido elogio del maestro de la novela española, las páginas de un periódico que en estos días pregunta a las mujeres cuales son sus lecturas preferidas, cuales los autores de su biblioteca. En todas las respuestas figura como autor preferido don Armando Palacio Valdés. El ha obrado el milagro. La mujercita que antes leía los folletones espeluznantes corcusidos con hilo rojo y por toda pasta un trozo de tela, ha depurado un poco más sus gustos de lecturas, y es en la obra de este viejo maestro glorioso donde ha sentido por vez primera ese raro escalofrío de la emoción, y esos raudales de ternura infinita de lo que a veces suelen brotar una lágrima.

A estas mujeres españolas a las que un escritor ha consagrado su vida, y su obra corresponde en estos momentos recoger esas dispersas voces de Ateneos y Academias e infiltrarlas en los hogares. Y ese grupo de escritoras de tan fino ingenio que poco a poco nos va presentando las columnas de la prensa intelectual, pudiera encauzar ese homenaje que sería el mas afectuoso y el más inolvidable si al fin llegasen a conceder el premio Nobel de Literatura, a quien no hay quien pueda disputarle hoy la palma de primer novelista español.

C. SANTOS-REDONDO.



La Mosca de la Muerte

Hay un pequeño sér cuyo aspecto brillante, y al parecer inofensivo, hace que muchas veces pueda pasar ante nuestros ojos indiferentes, sin llamarnos un punto la atención ni despertar pensamiento alguno que con él pueda relacionarse.

Es un sér diminuto, insignificante; un sér ligero fugaz, que cruza el ambiente como una chispa azul de metálico brillo, y que apenas anuncia su presencia por un leve zumbido de alas. Es una mosca, una mosca de aspecto vulgar, que la ciencia designa entre otras de especie semejante, con el nombre de «caliphora»; un insecto cuya longitud no pasará de unos doce milímetros, insecto de alas transparentes y vibrátiles, de ojos bronceados, tórax verdinegro y abdomen de color turquí que fulge a la luz como una piedra preciosa.

Acostumbrados desde niños a ver este insecto chocar de continuo contra los cristales de las ventanas en busca de salida, y enseñados al zumbido peculiar de sus alas, que a veces se torna fastidioso por su tenacidad, cuando en horas de insomnio, llegamos a escucharlo en el silencio de la alcoba, ninguna atención especial prestamos a ese pequeño huésped, que, casi invisible, revuela sobre nuestras cabezas, presencia nuestros actos y casi puede decirse que es un constante y malicioso espía de toda nuestra vida.

Pues bien: esta mosca vulgar, este frágil insecto tan débil, tan insignificante para el observador superficial, si se examina con alguna insistencia a través de la lente con que los sabios han ido siguiendo su formación y sus costumbres, adquiere de pronto un extraño interés, un interés inquietante y doloroso, un interés que emociona al pensador de manera profunda y hace temblar las fibras más recónditas de su corazón.

La grácil mosca de alas de gasa y esmaltado vientre metálico es una especie de maléfico duende, sutil y sardónico, que conoce antes que nadie el lugar escogido por la Muerte para descargar su golpe fatal.

Cuando en la triste alcoba del moribundo, la Ciencia, prevenida con todas sus armas, hace sobrehumanos esfuerzos por defender una vida que trémula y vacilante como la llama que en la bujía casi extinguida, tiembla próxima a desaparecer en el abismo de las sombras; cuando seres doloridos y amantes observan de manera ansiosa cualquier síntoma consolador que haga brillar de nuevo la luz de una esperanza.

la mosca azul, la siniestra «caliphora», desde el ángulo de la habitación, en cuya penumbra se encontraba al acecho, desciende rápida y silenciosa, yendo a posarse sobre el rostro demacrado y lívido del enfermo. Este parece no sentir el roce de las ligeras patas del insecto que camina sobre su faz. No advierte, no, la presencia del mónstruo. ¡Oh! ¡Si pudiera sentir, si pudiera comprender lo que significan los escarceos de ese pequeño sér sobre sus pálidas facciones! ¡Qué grito de pavor tan intenso, qué sollozo tan triste se escapara entonces de sus labios! Por débil, por deprimido que se hallase, aún tendría fuerzas para gemir y para retorcerse de horror al contacto del inmundó y sutil animalejo.

Nadie que fuese capaz de analizar la presencia del díptero medroso, albergando aún en su pecho un soplo de vida, dejaría de estremecerse a la llegada de esa mosca funesta que nunca se equivoca y que al posarse sobre la faz de un hombre que se halla en agonía, indica de modo irrevocable que en aquel cuerpo principia ya la descomposición; un comienzo que puede escaparse a los ojos de la Ciencia, pero que no se oculta jamás a los ojos maravillosos y terribles de la mosca carnívora, cuyo olfato supra-natural le permite descubrir a distancia, cuando empieza a realizarse para un organismo el paso de la Vida a la Muerte.

En efecto: la siniestra «caliphora», la mosca verdinegra precursora de la corrupción, sabe muy bien en qué sitio han de quedar depositados para abrirse al desarrollo vital los huevecillos que contienen los gérmenes de su propia especie. Con un instinto superior, con una seguridad misteriosa, la fatídica mosca no dejará su simiente sobre la carne viva, sobre aquella que aún puede reaccionar aniquilando el principio de su propagación. Ella conoce muy bien el terreno apropiado, aquel que de manera irremediable entra en el período de las transformaciones definitivas.

¡Cuántas veces, el sabio y experimentado médico que presencia la extinción de una vida, sorprende antes que nadie a la pequeña mosca que, taimada y sutil, viene con sus giros y con su actitud inequívoca, a confirmar el pronóstico formulado ya en su pensamiento, pronóstico fatal que por compasión con los atribulados deudos del paciente, retiene aún en la inquietante y sombría mudez de sus labios!

El la mira estrechar sus giros casi invisibles en torno de la cabeza del moribundo, y a veces, sus ojos penetrantes, acostum-

brados a la interrogación microscópica, descubren los huevecillos del insecto en las comisuras de los labios, al borde angular de los párpados o en las ventanillas de la nariz, de aquel enfermo que aún respira y se mueve con señales de aparente vitalidad.

Entonces para el veterano de las batallas de la Muerte cesa toda esperanza. Ante el signo revelador dejado por la mosca terrible, es inútil proseguir la contienda. Allí empieza a cumplirse un proceso de disgregación y ya los recursos de la Ciencia son estériles.

No es raro que en tan tristes momentos, quien se halla próximo a hundirse en el seno de lo desconocido, tenga una pasajera reacción, y abriendo sus ojos, sonríe, hable y transmita a los seres llorosos que le rodean, una falsa ilusión que los alienta y hace surgir en torno rumores animados que suceden a los suspiros y a las apagadas quejas.

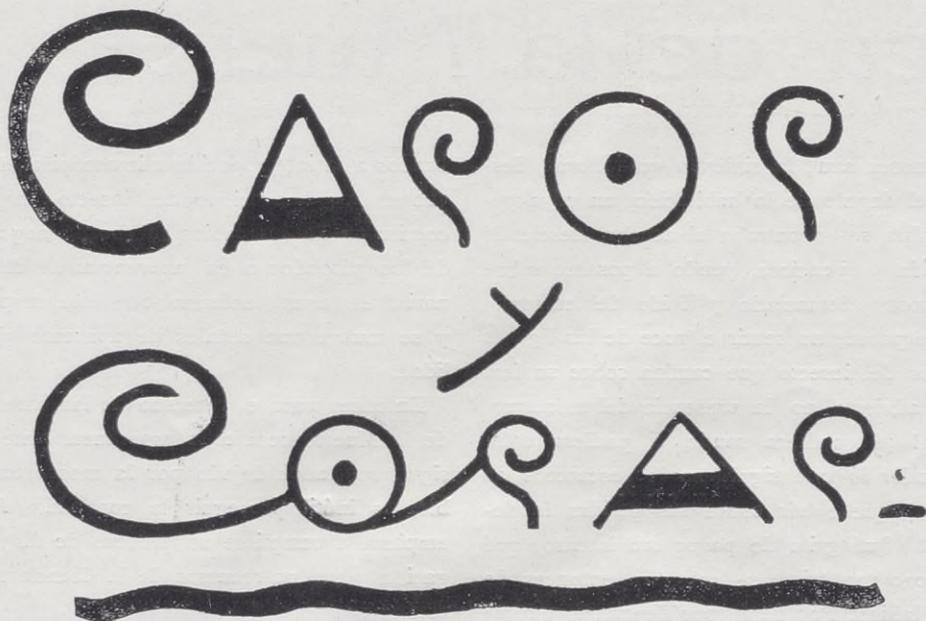
Mas, para el sabio cuyos ojos sorprendieron ya al huésped malicioso y temido y que le vieron descender hasta su presa como desciende el negro buitres sobre la carroña abandonada, para ese observador que ha podido descubrir los asquerosos huevecillos de donde brotarán los gusanos, aquella ficticia mejoría, aquella reacción fugaz, es un doloroso sarcasmo que le oprime el corazón y le hace mover la cabeza abrumada y vencida.

Ante sus pupilas de vidiente se ofrece el más allá, y ve entonces ese cuerpo que aún palpita, transformándose en una masa amorfa de color indefinible. Lo ve, tras el proceso de la destrucción producida por los microbios, convertido en festín de gusanos famélicos. Y correteando sobre sus miembros y penetrando por los orificios de la faz, ve un enjambre de moscas verdiazules, completamente iguales a aquella que ha venido a fecundar la carne del futuro cadáver.

Entonces, apartándose de aquel sitio de tristeza, suavemente, discretamente, deja comprender a los afligidos deudos que deben prepararse para recibir sobre el corazón en carne viva el último y más formidable zapazo del dolor.

ALFREDO GOMEZ JAIME.





Origen de algunos hombres célebres

Morse, el inventor del telégrafo de su nombre, tuvo que luchar con las dificultades de su pobreza y la de sus padres.

Abraham Lincoln, que emancipó cuatro millones de esclavos en los Estados Unidos, era un serrador de maderas.

Laffite, hijo de un pobre carpintero, fué hombre de Estado y alma de la revolución francesa de 1830; llegó a ser ministro con Luis Felipe, banquero riquísimo y fundador de las Cajas de Ahorros.

Colón, descubridor del Nuevo Mundo, era hijo de un cardador de lanas, teniendo él igual oficio.

Epicuro, hijo de un pastor, fué uno de los más célebres filósofos de Grecia.

Cervantes, era soldado raso y después cobrador de impuestos, cuyos cargos no le impidieron mostrar su ingenio en su inmortal obra «Don Quijote de la Mancha».

Lutero, célebre reformista, era un trabajador de minas.

Gutenberg, grabador alemán, descubrió los caracteres móviles de la imprenta y la prensa tipográfica.

Homero, el famoso poeta y filósofo, era hijo de un ranchero humilde.

Volta, físico italiano, construyó la primera pila eléctrica y descubrió la electricidad dinámica.

Demóstenes, famosísimo orador de Atenas, hijo de un herrero.

Papín, físico francés, descubrió la fuerza elástica del vapor y experimentó su utilización.

Molière, famoso humorista francés, era hijo de un tapicero.

Los hermanos Montgolfier, eran franceses, fabricantes de papel, que inventaron los globos.

Terencio, era un esclavo.

James Walf, mecánico escocés, fué el primero en hacer completamente automática la máquina de vapor.

Tanverlan, dueño del más vasto imperio que ha existido, era hijo de un pastor.



Dichos y Hechos

El vasito de leche de Palacio Valdés

El ilustre novelista don Armando Palacio Valdés, gustaba, hace varios años, de dar un paseo todas las tardes por el Retiro. Allí se estaba el hombre hasta que, próximo al crepúsculo, el recuerdo de la ciudad, le obligaba a regresar a la calle.

Como la cotidiana excursión debilitaba sus fuerzas, el novelista de la «Hermana San Sulpicio», penetraba siempre en una lechería de la calle de Claudio Coello, para reponer con un vaso colmado del rico jugo lácteo sus pérdidas energías. Esta costumbre, merecióle la confianza del lechero, que sin saber quién era aquel caballero tan bien portado, le hacía objeto de sus deferencias, y hasta en ocasiones, se olvidaba en honor al frecuente parroquiano, de bautizar la leche.

Una tarde don Armando se vió sorprendido por estas palabras del lechero:

—Ya, ya me han dicho qué clase de pájaro es usted... Por lo visto, es usted el autor de esas novelitas de que tanto hablan los «papeles», ¡vaya, vaya! ¡Y tan calladito como se lo tenía usted!—y con un ademán tranquilizador, terminó:—Pero no se alarme usted, aquí le queremos siempre, a pesar de todo, usted tiene cara de persona decente.

* * *

¡Vaya réplica!

Marcos Zapata, autor de «La capilla de Lanuza», «La campana milagrosa» y otras obras dramáticas que lo acreditaron de buen dramaturgo y exquisito poeta, en su

vida particular era un terrible ironista y muy mordaz.

Siendo joven se examinó de una asignatura cuyo tema era un ejercicio oral, Zapata en su oración se extendió a otro asunto distinto al que tenía que desarrollar, por lo que le interrumpió un Catedrático diciéndole:

—Cíñase el alumno al tema, pues da un golpe en el clavo y diez en la herradura. Y Marcos Zapata contestó:

—Si se estuviera usted quieto...

* * *

Ni tanto ni tan poco

Fué un baturro a visitar al Obispo de la diócesis, y le encargaron que le diese tratamiento.

Cuando entró en el aposento donde estaba, le dijo:

—¿Cómo está vuestra Santísima Trinidad?

—¡Hombre, no tanto, no tanto!

—¡Así me gusta! Sobre todo, franqueza, ¿cómo te va, chico?



—Le cogí con una mano por las solapas y con la otra por el cuello, y entonces, bofetada va, bofetada viene...

—Pero, oye: si tenías las dos manos ocupadas, ¿cómo le dabas las bofetadas?

—No; ¡si las bofetadas era él quien me las daba a mí!

□ □ □ □

PENSAMIENTOS

Cuando hay verdadera riqueza, pedir es obtener.

Todo puede enseñarse, menos la virtud.

Donde no hay gobierno, no puede haber virtud, y ni aun, siquiera, deleite. Ni los juegos de los niños pueden verificarse sin leyes, y la obediencia a éstas debe ser tanto más estricta cuanto más importante es el juego.

La vida sin deberes es como un cuerpo sin huesos.

Los hombres han de ser esclavos del deber o de la fuerza.

JOUBERT



En esta sección daremos cuenta de todos los libros que nos sean remitidos, siempre que recibamos dos ejemplares. La redacción se reserva el derecho de no dar cuenta de aquellas obras que, por sus ideas o tendencias, no se ajusten a la índole de esta Revista.

La Evolución de la Humanidad.—La Editorial Cervantes, de Barcelona, acaba de publicar el tomo 17 de su notabilísima Biblioteca de Síntesis histórica «La Evolución de la Humanidad». Se titula «El genio romano en la religión, en el pensamiento y en el arte», y es su autor Alberto Grenier, profesor de la Universidad de Estrasburgo.

El interés particular y el gran mérito de esta obra consiste en que, sin una idea preconcebida, sin someterse a determinada teoría filosófica, realiza un penetrante estudio de psicología histórica. En otros volúmenes de esta misma colección se estudia el carácter del pueblo romano implícitamente, en su vida política, en la organización social que creó; pero en este tomo se le estudia explícitamente, en las obras del espíritu, por lo que el trabajo del profesor Grenier constituye una contribución importante a la etiología colectiva.

«El genio romano en la religión, en el pensamiento y en el arte» es un libro excelente, sólidamente documentado, animado de una inteligente emoción y está escrito con una sencillez que no excluye ni los cuadros delicados ni las fórmulas originales.

Este volumen es, sin duda, uno de los mejores de esta admirable historia universal, que supera a cuantas se habían publicado hasta la fecha. Es el libro de un sabio, pero también de un artista. Escrito de una manera clara y substancial, el autor muestra la originalidad de su pensamiento y la extensión de sus investigaciones al estudiar los tres primeros siglos de la historia de Roma, los menos conocidos hasta hace poco, y cuya importancia evidencian los recientes y considerables descubrimientos. Las conclusiones del sabio Grenier se basan en la investigación profunda, inteligente y simpática, y en los últimos descubrimientos arqueológicos, filológicos, religiosos, literarios y artísticos.

«El genio romano en la religión, en el pensamiento y en el arte» ha sido traducido por el sabio catedrático de la Universidad de Valencia doctor Deleito Piñuela, y la obra ilustrada con 50 figuras, se vende al precio de 12 pesetas en las buenas librerías de España y América.

Los príncipes de la Literatura. La Editorial Cervantes, de Barcelona, acaba de publicar en su acreditada colección «Los príncipes de la Literatura» una novela que

ha de ser leída con agrado y que lleva por título «María Grubbe». Su autor es Jens Peter Jacobsen, considerado como el mejor novelista danés contemporáneo. En la pintura de los caracteres y del medio ambiente social es insuperable. Su técnica es maravillosa y su estilo de una viveza y de una jugosidad que excede a toda ponderación. Estas cualidades están aquilatadas por la profundidad de sus ideas y por la penetración excepcional con que descubre y analiza el juego de las pasiones humanas. María Grubbe, la protagonista de esta novela, es un tipo de mujer que puede rivalizar con las más geniales creaciones femeninas literarias. La vida de esta mujer, que de princesa llega a la vida degradada de los saltimbanquis, parece un reflejo de la realidad.

La obra ha sido vertida del danés directamente y editada con el buen gusto que distingue a los volúmenes de «Los príncipes de la Literatura».

«María Grubbe» se vende en las buenas librerías al precio de 3,50 pesetas en rústica y de 4,50 elegantemente encuadrada en tela.

La señorita de Cassis-Bar. Mauricio Dekobra, uno de los modernos escritores franceses de mayor fama en la actualidad, afortunado cultivador de la ironía, estudia en «La señorita de Cassis-Bar», el alma de una mujer a la que un desengaño amoroso hace entregarse a la filantropía como derivativo y a la que otro desengaño filantrópico devuelve al amor y a la paz conyugal.

Nada hay tan real y tan maravillosamente observado como los personajes que intervienen en el desarrollo de este tema y bien puede asegurarse que el humorismo y la gracia con que trata el asunto, no hace desmerecer en nada la profunda lección moral que encierra el desenlace de la novela.

Una noche en Córdoba. Muchos autores franceses han tratado en estos últimos tiempos temas de ambiente español.

No todos han logrado impresionarse suficientemente con nuestras costumbres para poder escribir sin caer en las inexactitudes que son frecuentes en los que escriben sin suficiente conocimiento de causa.

No ha ocurrido esto a Jorge Grappe en su novela «Una noche en Córdoba», en la que demuestra un gran conocimiento de las costumbres andaluzas y estudia un temperamento de mujer en cuyas venas hierva sangre agarena.

Jorge Grappe tiene un magnífico y brillante estilo con el que hace refulgir como piedras preciosas las ricas frases con que adorna su prosa.

Córdoba, la Mezquita, las corridas de toros, el alma encendida de sus mujeres, son otros tantos cuadros de color que dan a esta novela extraordinario interés y amenidad.

Juan Jacobo y el amor. Víctor Margueritte, el famoso novelista francés, ha resumido en esta interesante obra sus amplios estudios respecto a la vida de Juan Jacobo Rousseau.

A la par que expone los episodios más salientes de la vida amorosa del autor de «El Pacto Social», estudia con acertadísimo juicio crítico lo que el amor influyó en su vida y las alternativas que acarreo a su existencia.

Es una obra en la que el relato tiene el valor de la más interesante novela, en la que se ponen a salvo los pasajes de mayor dificultad para el lector, con extraordinaria habilidad y acierto.

La lujuria de Granada. Pocos son los autores extranjeros que han logrado escribir sobre temas españoles con tanto acierto y con tan singular conocimiento local e histórico como Mauricio Magre en su novela «La Lujuria de Granada». Se desarrolla su accidentada acción en Sevilla, Granada y Málaga, en los últimos años de la Reconquista, y gira su asunto en torno de la desenfadada, perversa y voluble pasión de Isabel de Solís, favorita del emir Abul Hacén, conocida por Zoraya, por el médico español renegado Almazán, cuya trágica muerte después de la toma de Málaga por los Reyes Católicos, remata con una emocionante tragedia la historia de su insensato amor por la favorita.

Con gran conocimiento de la época, traza Mauricio Magre, ya magníficos cuadros de los jardines y los patios de la Alhambra, ya sombrías aguas fuertes preñadas de nubarrones, cuando quiere hacer destacar las figuras en la intolerancia característica de aquellos tiempos.

La pluma vigorosa y feliz de Mauricio Magre ha acertado en todos los instantes del desarrollo de «La Lujuria de Granada» a darla tan intensa emoción, que cautiva el ánimo y lo sorprende en cada episodio, hasta llegar a inesperado y emocionante desenlace.

Cantos Epícos a las glorias de Chile y otros poemas, por Rubén Darío.

Forma este tomo el volumen XIV de las obras completas del gran poeta centroamericano y contiene además de la composición que da título al libro, cuarenta y una más, la mayor parte de ellas desconocidas, pues fueron escritas en la primera época literaria del autor.

La obra consta de cerca de 200 páginas con artística cubierta y se vende a 4 pesetas en las principales librerías.

El Robinsón Español, por Augusto Gemin. Espasa-Calpe, S. A., Madrid

Con el título expresado acaba de publicar la Editorial Espasa-Calpe un manuscrito de

finés del siglo XVIII, salvado de la destrucción, que fué encontrado en México.

Trátase, en verdad, de un libro curioso, que, aunque nada tenga que ver con el «Robinson Crusoe», de Daniel de Foe ni con el «Robinson Suizo», publicado en 1812, del alemán Rodolfo Wyss, no carece de menos interés que éstos.

Forma un volumen de 290 páginas en 4.º mayor y se vende a 6 ptas. en las principales librerías.

Galería de músicos andaluces contemporáneos, por Francisco Cuenca. Cultura, S. A. Habana.

Este es el cuarto volumen de la Biblioteca de divulgación de la cultura andaluza contemporánea, que con tanto éxito viene publicando en Cuba el reputado escritor almeriense señor Cuenca Benet.

Este tomo, consagrado exclusivamente a la Música, consta de 336 páginas en 4.º mayor y contiene por orden alfabético numerosas biografías y retratos de músicos y compositores andaluces, siendo entre las de su género, la obra más completa de las publicadas hasta ahora.

Cuatro años ha empleado su autor en hacer acopio de datos para el libro, habiendo tropezado con grandes dificultades, entre ellas la falta de documentación, con mayor motivo por hallarse el señor Cuenca en un país distante, donde no es posible hacer las necesarias averiguaciones, teniendo que recurrir a la investigación privada, tras de un largo y paciente epistolario.

La obra ha sido prologada por el reputado poeta Francisco Villaespesa y se vende al precio de 2 pesos en la Editorial «Cultura», Pi y Margall, 135, Habana.

La España de Hoy, por R. Martínez de la Riva.—Madrid, 1926.

«Conversaciones con grandes españoles» subtítulase este interesantísimo libro, del distinguido escritor Ramón Martínez de la Riva, que anteriormente había publicado otro análogo con el epígrafe «El libro de la vida nacional», que obtuvo gran éxito, como este último «La España de Hoy», del que se han hecho dos grandes ediciones en poco tiempo.

Contiene este tomo conversaciones con S. A. el Príncipe de Asturias, el General Primo de Rivera, Miguel Fleta, Raquel Meller, Blasco Ibáñez, el Conde de Vallellano, Gómez Carrillo, el General Martínez Anido, Catalina Bárcena, Millán Astray, Muñoz Seca, el General Barrera, Margarita Xirgu, Rafael el «Gallo», Rodríguez Marín, el maestro Alonso, Martínez Sierra, Pérez de Ayala, Rosario Pino, Alvarez de Sotomayor, el maestro Guerrero, María Palou, Felipe Sassone, Moreno Carbonero, etc.,

El volumen, de 288 páginas, se vende al precio de 5 ptas. en todas las librerías.

Mallorca, Isla de Ensueño, por M. Gisbert Miret.—Agencia General de Librería. París.

El insigne Santiago Rusiñol, en el prólogo de este libro dice de su autor: «Manuel Gisbert Miret es otro poeta enamorado de la maravillosa isla de Mallorca. En plena juventud y en pleno ensueño, diríase que supo adivinarla, y que evocada luego, surgió ante él como una dulce amada presentida: ofrenda de belleza a la que el poeta rinde su entusiasmo. Más que los habitantes y el paisaje de Mallorca, diríase que ha filtrado en él el acre olor del polen de su flora. No es un turista que la recorre, ni un viajero que la cruza; es el hombre que sorprende su nacer bajo las aguas; que le ve nimbada de azules infinitos; que se postra en adoración y reza prosa que son versos.»

¿Qué mejor descripción del libro «Mallorca, Isla de Ensueño»?

Y si a esto se agrega que la obra está primorosamente editada, con el buen gusto característico en la «Agencia Mundial de Librería», de París, creemos que está hecho el mejor elogio de ella.

Precio del ejemplar: 4 ptas.

San Lenín, por Rodrigo Soriano. Agencia Mundial de Librería. París.

El batallador periodista y ex diputado Rodrigo Soriano ha escrito un interesante libro de impresiones de su viaje a Rusia.

Está dividido el volumen en 21 capítulos, todos ellos escritos con el estilo vibrante de su autor, cuyas dotes de observación resplandecen en todas las páginas de la obra, que despertará seguramente gran curiosidad por su asunto.

Este tomo consta de 306 páginas y se vende a 8 ptas. en las principales librerías.

Historia de la Filosofía, por Alfredo Fouillée. Espasa-Calpe, S. A., Madrid.

Consta esta obra de cuatro volúmenes, divididos en esta forma: I) Filosofía antigua y griega; II) Filosofía cristiana; Edad Media y Renacimiento; Filosofía moderna, 1.ª parte; III) Filosofía moderna, 2.ª parte, IV) Filosofía contemporánea.

Esta edición de la «Historia de la Filosofía» ha sido traducida de la última edición francesa, por J. Gallach Palés.

Cada tomo véndese a 6 ptas. en las principales librerías.

Diez Ensayos, por R. W. Emerson. Espasa-Calpe, S. A., Madrid.

Contiene esta importante obra de Emerson los ensayos siguientes: «La Historia», «Confianza en sí mismo», «La compensación», «Las leyes espirituales», «Amor», «Amistad», «Prudencia», «Heroísmo», «La superalma» y «Círculos».

La versión del inglés ha sido hecha por J. Gallach Palés.

Precio del ejemplar: 6 pesetas.

Los Bestiarios, por Henry de Montherlant.—Biblioteca Nueva. Madrid.

Esta interesantísima novela de toros que está alcanzando en Francia los más grandes éxitos editoriales de estos tiempos, ha

sido traducida al español por el conocido escritor Pedro Salinas y forma uno de los mejores volúmenes de la Biblioteca Nueva.

Precio del ejemplar: 5 ptas.

La Vida en los ojos, por José Esquivel Pren.—Madrid, 1926.

Esquivel Pren es uno de los mejores poetas modernos de México. Lo confirma esta su última obra, de la que ha dicho otro gran lírico, también mexicano, Luis Rosado Vega: «Yo no sé si el autor de «La Vida en los ojos» es de los llamados innovadores, ni quiero ni me importa saberlo. Bástame saber si esta su obra ha dejado de mi espíritu una huella, una estela de luz y de ensueño, para saber si es obra de poesía; un como íntimo deseo de cariño melancólico y suave a esas cosas que pinta y decora con la palabra, a veces mejor de como pudiera hacerlo el mejor pincel, y a esas siluetas femeninas, que cruzan estas páginas, cascabeleras a veces, tristes otras, pero atractivas siempre, para saber si es obra de amor; una entera sensación de belleza, en fin, para saber si es obra de arte.»

Si Esquivel Pren no tuviera ya bien ganado su renombre de gran poeta, este libro le consagraría como tal.

Refugio, por Manuel Navarro Luna.—Manzanillo (Cuba), 1927.

Navarro Luna es el poeta de la ingenuidad, del sentimiento, de la delicadeza. Muchas de sus estrofas dijérase que han sido escritas para decir las misteriosamente a la anada, en una noche de luna. Por algo dice en una de sus más brillantes composiciones: «El verdadero gozo, el verdadero triunfo de la alegría—sólo se encuentra en el amable seno—de las cosas cordiales y sencillas.»

Y es que Navarro Luna no es el artista complicado, que va en pos de lo raro y extravagante para distinguirse—o para hacer el ridículo—; sino el aeda que, silenciosamente, va observando la vida, y vertiendo en sus versos sus sentires, sus impresiones, los reflejos de las cosas que pasan...

Su libro «Refugio» es eso: el breviario de las meditaciones de un poeta sencillo, ingenuo, sentimental. Y aunque su vaso sea pequeño, él puede decir orgulloso que bebe en su propio vaso, porque, ante todo, es un poeta original y la originalidad es la cualidad más apreciable en un lírico verdadero.

OTRAS OBRAS RECIBIDAS

Luna nueva de Enero, por Carlos Préndez Saldías.—Poemas. Santiago de Chile, 1927.

Diálogos de las luces perdidas, por Sarah Bello.

ADVERTENCIA.—Agradeceremos a los señores autores y editores, nos envíen siempre los libros bajo certificación, para evitar extravíos. (N. de la R.)